

PRIMERA PARTE

Consideraciones generales

He aquí una de las operaciones más importante y necesaria en el arte de la fruticultura: que se practica mucho, aunque no tanto como lo que debiera, y que se lleva a cabo, por muchos, de un modo rutinario, o sea sin conocimiento alguno de su fundamento.

Estamos conformes en que deben existir *prácticos* para realizar las operaciones de cultivo en los árboles frutales, como se pide con singular insistencia; pero no lo estamos en el sentido de que esos *podadores* no unan a su práctica algo de teoría, la suficiente y necesaria para que sepan lo que están haciendo, y no realicen la poda a ciegas, sin flexibilidad alguna, que la da el conocimiento, más o menos técnico, del trabajo a ejecutar. Lo hemos dicho otras veces: la práctica sin la teoría, conduce a la rutina; la teoría sin la práctica, es de tanta utilidad como hacer rayas en el agua.

Escuelas de podadores, con este título, y el de *injertadores*, están haciendo mucha falta en un país que debe presumir de fruticultor por sus condiciones naturales, que le invitan a extender y atender, como es debido, una riqueza que no se debiera dejar arrebatar por otros menos favorecidos por la naturaleza; pero en los que, al parecer, la cultura y voluntad humanas contrarrestan, ventajosamente, las gratuitas dádivas de suelo y cielo.

Definición y objeto

La poda consiste en cortar las ramas, más o menos gruesas, de un árbol frutal, en una cierta medida, para aumentar y regularizar su fructificación, darle y conservar su forma, y vigorizarlo o rejuvenecerlo.

De esta definición se deduce el objeto y ventajas de la poda en los árboles frutales, pues mediante esta operación conseguiremos darle una cierta forma apropiada a su especie; otras veces en relación de su vigor; no pocas obligados por su mayor o menor rusticidad, y, desde luego, en ciertos casos, adoptaremos formas ajustadas al clima y suelo en que ha de vivir y producir el árbol.

Pero el objeto más principal, tal vez, es el de aumentar su producción o fructificación, mediante cortes, bien estudiados, de sus ramillas frutales, y conseguir al propio tiempo, el que esa producción no sea excesiva unas veces y otras escasa, o sea regularizar la fructificación, misión, como se ve, muy destacada de esta operación agrícola.

Por último, por medio de la poda, más o menos radical, de sus ramas y hasta de su tronco, podemos llegar a salvar a un árbol de su cercana muerte, dándole más fuerza o vigor para que siga produciendo, objeto también importante de la poda.

Luego la poda, según vemos, presenta varias modalidades distintas, con arreglo a su objeto, por lo que creemos muy conveniente dividirla en tres grandes grupos, para poderla estudiar separadamente.

1º Poda de fructificación.

2º Id. de formación.

3º Id. de conservación de forma y rejuvenecimiento.

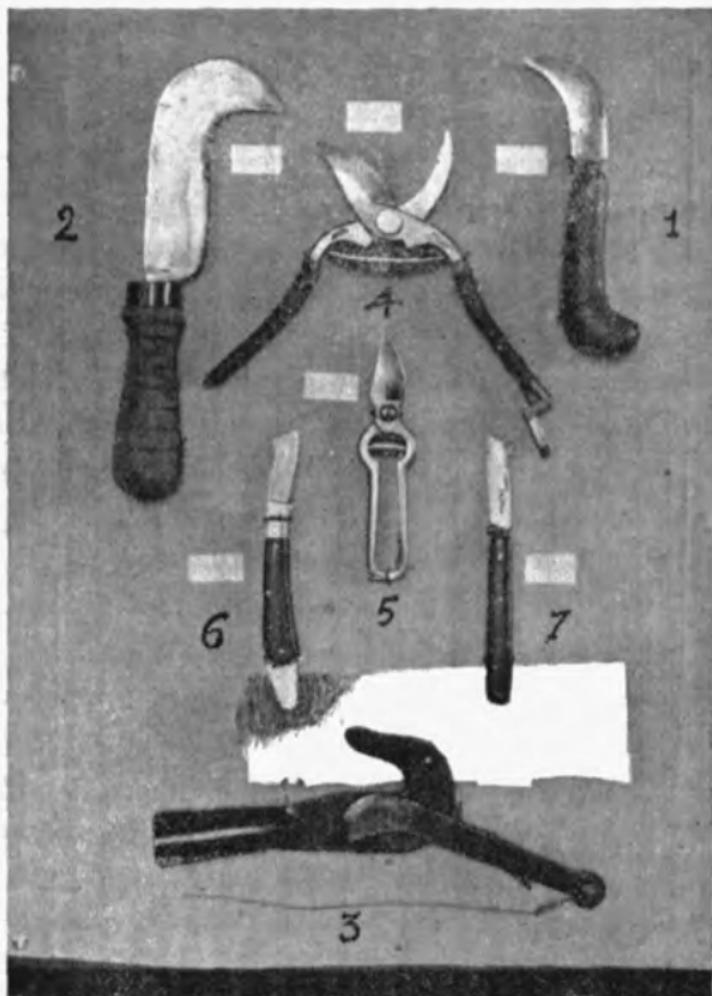
Antes de entrar en la descripción de cada uno de los grupos en que hemos dividido la poda, vamos a examinar varias cuestiones que conviene conocer previamente para su mejor

ejecución, y que son comunes o aplicables a la diversidad de podas de que someramente hemos hecho mención.

Instrumentos y útiles auxiliares de la poda

Puesto que para la poda, según hemos dicho, precisa el seccionamiento de la parte aérea de los árboles frutales, que afectan gruesos diferentes, según sean ramillas frutales, ramas de armazón y hasta sus mismos troncos, nos veremos obligados a disponer de herramientas de corte apropiadas a ello, y otros útiles, entre los que vamos a describir, como principales, los siguientes: la *serpeta* o *corvillo*, la *podadera de pértiga*, *tijeras de podar*, *navajas de injertar*, *sierras y serruchos*, el *hacha* y *betunes o mástiques*.

La *serpeta* o *corvillo* (fig. 1) es el verdadero instrumento del podador; consiste en una hoja de acero de forma curva, en cuya parte cóncava se halla el corte afilado. Va sujetada a un mango de madera, hueso o pasta, fijo o plegable. Cuando se emplea para hacer desaparecer el tocón en los injertos practicados a *escudete*, suele tener el mango fijo y algo más largo; pero desde luego fuerte, y la hoja con curva más pronunciada en su extremidad (fig. 2).



La *podadera de pértiga* (fig. 3) es una herramienta de hierro o acero en forma de gancho, que se aplica por su curva interior a las ramas

altas que se desean cortar desde el suelo, accionando una palanca a manera de guillotina por medio de un alambre que, colocado a lo largo de una vara o caña larga, va a parar a la mano del operador.

Es un instrumento, esta podadera, muy útil para cortar ramas que no se alcanzan fácilmente desde el suelo, al objeto de despuntar o podar los brotes anuales para su mejor desarrollo, o cortarlos por hallarse enfermos, muchas veces con *chancro*, y también para agenciar los esquejes necesarios para la injertación, sin necesidad de preparar escaleras y otros artefactos más o menos pesados y hasta peligrosos.

La *serpeta*, de que antes hemos hablado, es el útil que hace cortes más limpios; pero, en verdad, para su manejo se necesita una cierta habilidad, adquirida con la práctica, y que todos no la llegan a alcanzar; además hace un trabajo algo lento y difícil en ciertas posiciones, como en los árboles formados en espaldera. Por todas estas razones, se usan mucho más las tijeras de podar (figs. 4 y 5). La de tamaño mayor, de unos 20 a 28 centímetros de largo, es la que se emplea para la poda de fructificación y desbrote, para cortar ramas hasta cerca de dos centímetros de diámetro. Debe ser

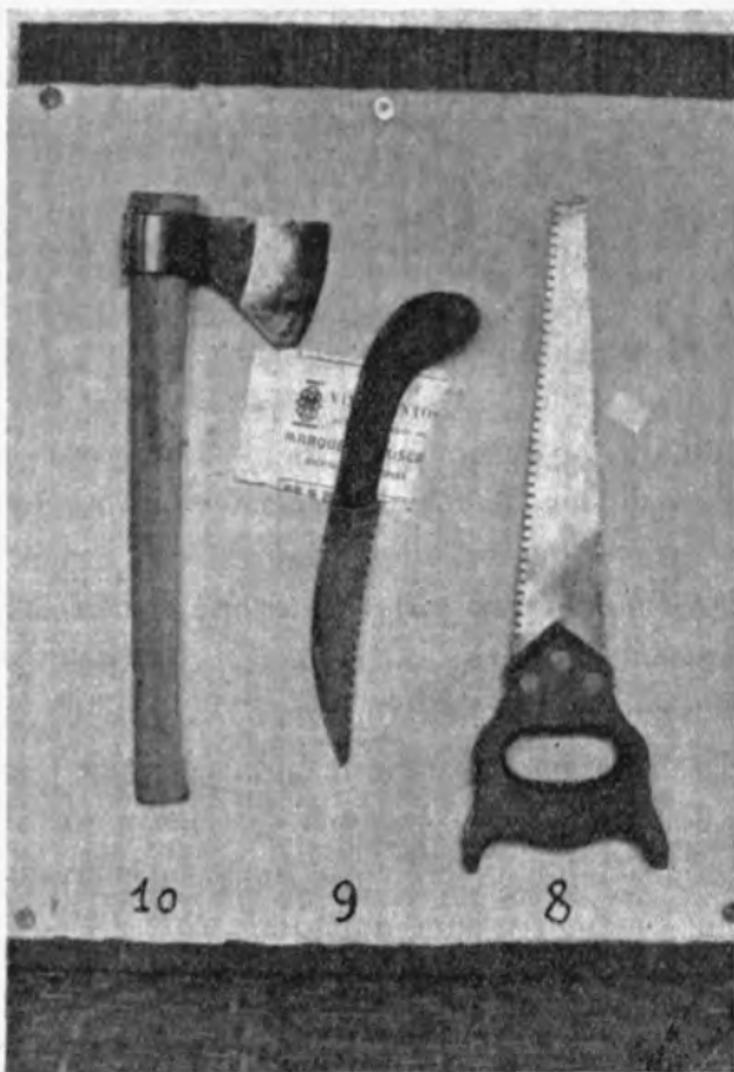
de buen acero, con las dos ramas largas, para apoyar la mano, en forma que no haga daño. La parte corta consta de una ancha y afilada hoja que hace de guillotina, y otra, en forma curva o de gancho, sin filo, en la que se apoya la rama a cortar. Hoy se emplean mucho las tijeras de podar con hoja intercambiable, como la que aparece en la figura 4. Para cortar ramillas delgadas y destacar esquejes, cortar flores, etc., se emplea la de tamaño pequeño (fig. 5), de 15 a 20 centímetros de larga, muy útil y manejable, pues se puede llevar en el bolsillo.

Ya hemos dicho que en la parte sin filo de la tijera se apoya la rama, y como con la otra cortante se hace una cierta compresión para el corte, se produce una depresión o magullamiento en la parte de rama que queda en el árbol. Este es el defecto de la tijera en sus cortes, de que no adolece la serpeta, pues bien manejada los hace netos y limpios.

También son de algún uso en la poda las *navajas de injertar* (figs. 6 y 7), para repasar y alisar los cortes de rama de un cierto grueso, que quedan con la superficie repelosa y desigual, aunque más se emplea para ello la serpeta.

Cuando las ramas que hay que podar son algo más gruesas, pasando de uno y medio centíme-

etros de diámetro, cuesta bastante trabajo el cortarlas con la tijera, y ésta se estropea con el esfuerzo que hay que hacer, por cuya razón se



emplean las *sierras* (fig. 8), los *serruchos* (fig. 9), y el *hacha* (fig. 10). Los primeros son de un gran uso en las podas o talas de ramas gruesas y troncos, pues el hacha, aunque es de trabajo rápida y, bien dirigida, da cortes muy limpios, es insegura y torpe en su manejo, que exige una gran pericia. Puede ser útil el hacha para talar árboles, y cortar rápidamente las ramas secundarias de las fuertes ramas que haya que aserrar, para facilitar el que sean retiradas del interior de los árboles muy desarrollados y espesos, con lo que se gana mucho tiempo y se evita la rotura de numerosas ramillas de los brazos de armazón que no haya que desmochar o talar.

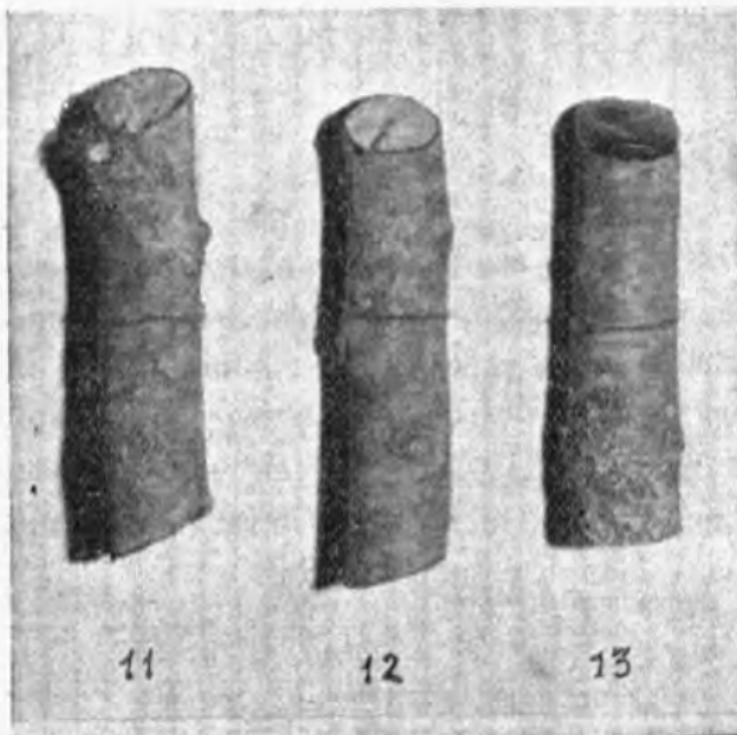
Las *sierras* son hojas de acero en forma de trapecio alargado, con un lado, o los dos, dentado, engastadas en una empuñadura de madera. También las hay de hoja estrecha o cinta dentada, sujetas por sus extremos a un arco o armazón de hierro, que lleva su correspondiente mango y su templador.

Los *serruchos* son más pequeños y algo curvos con sólo un lado dentado y mango más alargado en prolongación de la hoja.

Tanto los unos como los otros, tienen sus dientes dispuestos en forma que pueda salir el serrín con facilidad y no agarrote la herramienta en el trabajo.

Manera de dar los cortes

Debe tenerse especial cuidado al cortar una rama, con la sierra, de no desgarrar la corteza al finalizar el corte, lo que sucederá si no



sostenemos en su posición la rama hasta que la sierra salga por el extremo opuesto al comenzado. Se evitará esto, también, si tenemos la precaución de cortar la corteza con la serpeta, en la parte donde deba terminar el corte. Otra buena precaución, cuando seccionamos del todo una rama gruesa, consiste en empezar el golpe de sierra en la parte superior contra la misma corteza y terminar algunos milímetros del nacimiento de la rama. Después, si se quiere que no quede señal alguna de dicha rama, se iguala el corte con la serpeta o la navaja, dirigiendo los tajos de abajo arriba. En las figuras 11, 12 y 13, podremos apreciar el corte recién dado con la sierra, su refino con la serpeta o la navaja, y la herida, por fin, recubierta con mástique. De esta manera se llega a conseguir que desaparezca casi en absoluto la señal de la existencia de la rama que se ha hecho cortar, por haberse conseguido la rápida curación y cicatrización perfecta de la herida. En las figuras 14, 15 y 16, vemos tres casos de cicatrizaciones perfectas, mediante las cuales se va cerrando y tapando con la corteza la señal de la rama. En cambio, en la 17 podemos observar un corte mal hecho y peor curado.

No debe olvidarse de alisar y recortar, por

igual, todo corte dado en rama de más de un centímetro de grueso; pero sobre todo, los hechos con sierra en ramas o troncos de cierto





grueso, que dejan la superficie muy repelosa y desigual, por lo que la humedad y suciedad se detienen en estos seccionamientos con evi-



Manzano, *Transparente blanca*, injertado en otra variedad.
Se vé como se va cubriendo el corte dado para hacer el injerto.

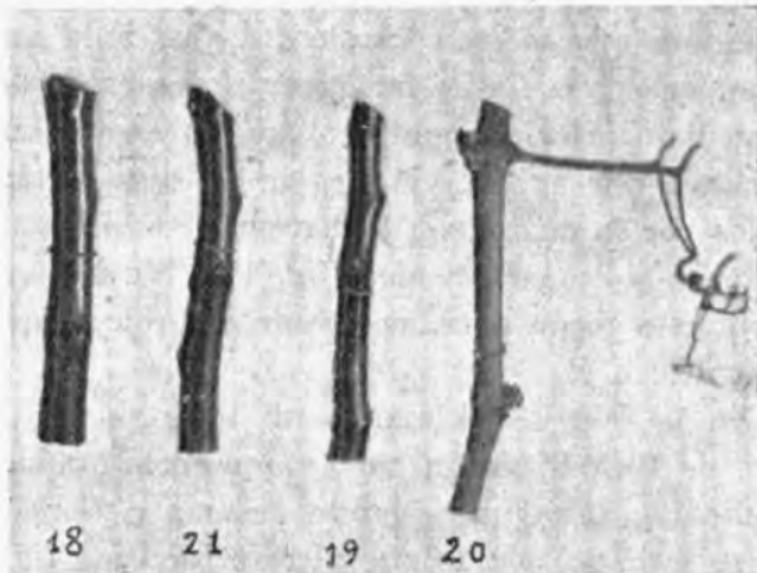
dente perjuicio para una cicatrización rápida y perfecta. Contribuye grandemente a esta curación el embadurnamiento abundante de toda la madera y cortezas que han quedado al vivo, con un buen betún de injertar, sin aditamento alguno de trapos y papeles, que son refugio de insectos y conservan la humedad de la lluvia; pero indispensables para sostener el vulgar y grosero unguento, que emplean los labradores, compuesto de tierra arcillosa, bogiña y paja. Los mejores betunes de injertar se hallan fabricados con varias substancias aislantes, adhrentes y elácticas, al propio tiempo, que se extienden en los cortes y heridas, sin recubrirlos con nada, y que procuran una verdadera protección y conveniente curación de las lesiones causadas.

Estos betunes son de dos clases; los de empleo en caliente y los de uso en frío. Los primeros hay que hacerlos en el momento de ser empleados, por lo que resultan laboriosos y de un uso limitado a las grandes explotaciones, principalmente para las operaciones de injerto. Los de empleo en frío se hallan siempre preparados, y pueden servir lo mismo para un pequeño trabajo aislado, como para realizar un gran número de aplicaciones. Tanto

los unos como los otros, se fabrican con arreglo a diversas fórmulas, a base de multitud de ingredientes, como: pez negra, resina, cera,



sebo, ocre, aguarrás, alcohol, etc., cuya elaboración casera no es tan fácil, ni tiene cuenta, pues el comercio los expende de excelente calidad tanto extranjeros, como «Lhomme Lefort», y el tan bueno y más económico, de producción nacional, «Zale».



Los cortes en ramas delgadas, tales que las de prolongación de las de armazón, se efectúan de diferentes maneras según la época en que se haga la poda, el vigor del árbol y la especie o variedad de que se trate.

Un corte bien hecho debe ser oblicuo, con inclinación contraria al ojo y en forma que su parte baja coincida, aproximadamente, con la punta de dicho ojo o yema (fig. 18). Esta clase de cortes son los normales y en época de poda más corriente.

Si la poda se hace en invierno riguroso, conviene proteger un poco más el ojo, y entonces se dejará más tocón, cegando dos ojos de la parte superior y a fin de favorecer el desarrollo del inmediato inferior, que resultará el tercero, empezando por arriba. Se ciegan los ojos cortándolos por la mitad con la navaja o sencillamente quitándolos con la uña (fig. 19). Muchos utilizan este tocón para enderezar el brote, empalizándolo a él.

En la Vid debe dejarse un tocón, sobre el ojo, de 10 a 15 milímetros, y con corte también inclinado, para que cuando rezuma o llora el sarmiento, no perjudique al referido ojo (figura 20).

Cuando se quiere castigar o moderar el desarrollo de un brote, basta cortar la rama al ras del ojo (fig. 21).

El inconveniente de dejar tocón en los brotes, es que luego nacen arqueados y separándose bastante de la rama en que nacen, y aun-

que cabe el empalizarlos, según lo decimos antes, no se corrige del todo este defecto, sobre todo cerca de su nacimiento o base. Por esta razón deben cortarse al ras los tocones cuando se halle bastante avanzada la estación vegetativa, hacia el mes de agosto, p. ej.



